



EL PROTESTANTISMO DE BENITO PÉREZ GALDÓS

THE PROTESTANTISM OF BENITO PÉREZ GALDÓS

ROMÁN SOL RODRÍGUEZ
Universidad de Navarra

Recibido: 25/03/2024 Aceptado: 18/06/2024

RESUMEN

En las novelas de Pérez Galdós es frecuente encontrar personajes que son sacerdotes y, como a menudo es crítico con ellos, se le ha considerado por algunos próximo al protestantismo. Por ello, vamos a fijarnos en la presencia del protestantismo en sus novelas, en personajes protestantes y en menciones de Lutero; y en los diferentes tipos de sacerdotes católicos que ofrece, con especial atención a Nazarín, ya que parece que en él se centra la imagen del sacerdote ideal que Galdós pudiera tener en mente.

Palabras clave: Martín Lutero, Nazarín, Pérez Galdós, protestantismo, sacerdocio.

ABSTRACT

In Pérez Galdós's novels it is common to find characters who are priests and, since he is often critical of them, he has been considered by some people to be close to Protestantism. Therefore, we are going to look at the presence of Protestantism in his novels, in protestant characters and also in mentions of Luther; and in the different types

of Catholic priests that he offers, with special attention to Nazarín, since it seems that the image of the ideal priest that Galdós could have in mind focuses on him.

Keywords: Martin Luther, Nazarín, Pérez Galdós, Protestantism, priesthood.

I. INTRODUCCIÓN

A finales del siglo XIX, Benito Pérez Galdós reflejó en sus novelas el problema religioso de España. Mediante sus personajes describió la responsabilidad que a su juicio correspondía a los clérigos en el retraso de la nación, pues a menudo actuaban como intransigentes y opuestos a cualquier cambio político o social, en alianza con el absolutismo reinante. Por este motivo, en su tiempo Galdós se ganó fama de anticlerical, ya que mostraba con espíritu severo la alianza del trono y el altar. Se puede decir que estas cuestiones le acompañaron de principio a fin en sus obras con poca evolución en sus planteamientos. Por otra parte, siempre será algo complejo establecer hasta qué punto las ideas expresadas por el narrador, o defendidas por sus protagonistas, se corresponden con las de Galdós, pero su reiteración y lo que sabemos de su vida permite deducirlo con bastante seguridad.

En efecto, muchos de sus sacerdotes muestran rasgos negativos, aunque también aparecen algunos presentados de un modo más favorable y, entre ellos, destaca Nazarín, que puede verse como una propuesta de lo que debería ser un apóstol moderno. En particular, Galdós critica la falta de caridad en quienes se proclaman católicos y se comportan de un modo contrario a la fe que dicen profesar. Por eso, se observa este contraste en su libro *Nazarín*, como comenta Octavio Paz: “El tema de Pérez Galdós es la vieja oposición entre el cristianismo evangélico y sus deformaciones eclesiásticas e históricas. El héroe del libro es un cura rebelde e iluminado, un verdadero protestante: abandona la Iglesia pero se queda con Dios”¹. Cabría decir que en algunos aspectos se acerca a los postulados de la Reforma, pues en su periplo se desentiende de la jerarquía eclesiástica y tampoco ejerce funciones sacramentales.

Este comentario de Octavio Paz sobre el posible protestantismo de Nazarín nos da pie a estudiar esta cuestión en las obras de Galdós. Para ello, veremos primero los personajes protestantes que aparecen en sus novelas; después, nos

1 Octavio Paz, “El cine filosófico de Buñuel”, *Obras completas* III (Barcelona: Círculo de Lectores-Fondo de Cultura Económica, 1991), 227.

fijaremos en los diferentes sacerdotes que pueblan sus libros y terminaremos dedicando una atención especial al personaje de Nazarín, al ser el único sacerdote protagonista principal de una de sus novelas, a la que además da título con su nombre.

II. LOS PERSONAJES PROTESTANTES

Previamente a entrar en la materia de sus novelas, nos planteamos cuál es el pensamiento religioso de Galdós. Por un lado, los datos biográficos que tenemos sobre sus creencias son pocos, pues no habló mucho de sí mismo, aparte de lo que pueda entenderse que el narrador o los personajes de sus obras hablan por su boca. Sobre todo, puede estar Galdós en los protagonistas liberales que se enfrentan a un clericalismo político, tan presente en sus libros. Por otro, más información personal nos pueden ofrecer sus cartas, en concreto, las cruzadas con José María de Pereda, pues en ellas un tema principal es la fe y la religión católicas. Pereda escribe en defensa del catolicismo y Galdós intentando aclarar su pensamiento. Ante las acusaciones de su amigo sobre su “anticatolicismo”, sobre todo, con motivo de la publicación de *Gloria*, Galdós se defiende diciendo que no hay tal, ni “volterianismo”, sino solo una postura crítica ante ciertos comportamientos, y en contra de la unidad católica y en defensa de la libertad de cultos². Cuestiones por las que algunos le consideran de un catolicismo adelantado en un siglo al Vaticano II³.

Para encuadrar el tema hagamos algún comentario sobre el sacerdocio en la Reforma protestante. Su posición al respecto deriva de sus grandes principios de la “sola Escritura” y la “sola fe”, que llevan de modo natural al individualismo de cada uno delante de Dios, donde el único mediador es Jesucristo, y a la disgregación como iglesia, sin jerarquía ni magisterio, aunque después en la práctica no desapareciese el clericalismo. En efecto, Lutero en dos textos de 1520, *A la nobleza cristiana de la nación alemana acerca del mejoramiento del Estado cristiano* y *La cautividad babilónica de la Iglesia*, sostuvo el sacerdocio universal de los fieles, sin que haya un sacerdocio ministerial al que se acceda mediante un sacramento específico y, en consecuencia, también excluyó los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía tal y como provienen del orden

2 Cf. Carmen Bravo Villasante, “28 cartas de Galdós a Pereda”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 250-251-252 (octubre 1970 a enero 1971): 9-51.

3 Cf. Francisco Pérez Gutiérrez, *El problema religioso en la generación de 1868* (Madrid: Taurus, 1975), 182.

sacerdotal, y abolió el celibato sacerdotal. De modo que el sacerdocio protestante queda reducido a una simple función o ministerio eclesial que cualquiera puede desempeñar y el pastor de una comunidad se dedica al anuncio de la palabra y la predicación. El ministro se convierte así en un predicador y no en un sacerdote que dice misas, y es solo un delegado de la comunidad para hacerlo. En definitiva, para Lutero todos somos sacerdotes con el mismo sacerdocio de Cristo, conforme a una igualdad esencial de todos los cristianos. Así pues, el bautizado podría decir “creo, luego soy sacerdote”.

En las numerosas páginas escritas por Benito Pérez Galdós, son muy pocos los personajes que aparecen con esa filiación protestante. Una razón evidente que lo explica se puede encontrar en que esa era la realidad sociológica en la España de su tiempo, donde era muy escasa la presencia de protestantes en la vida ciudadana.

No obstante, algunos se encuentran. En particular, se puede mencionar la presencia de un matrimonio protestante, don Horacio y doña Malvina en tres de sus novelas. La primera vez que aparecen es en *Fortunata y Jacinta*, donde son presentados someramente al ser introducidos en la acción por haber acogido a Mauricia en la casa y capilla que tenían en Las Peñuelas. Allí fue a buscarla doña Guillermina, señora católica comprometida en obras de caridad, y discutió fuertemente con ellos, hasta que para conseguir recuperarla acudió al gobernador que dio una orden en ese sentido. Entonces fue Mauricia la que no quiso moverse, hasta que se peleó con doña Malvina e hizo destrozos en la capilla, y acudieron los de orden público para sacarla. Y al salir volvió bajo la influencia de doña Guillermina.

La segunda ocasión en que aparecen es en *Torquemada en la hoguera*, al hablar de don Bailón, clérigo que ha colgado los hábitos y se ha unido a la pareja protestante en su establecimiento evangélico de Chamberí, donde daba sermones. La cosa duró hasta que doña Malvina se enfrentó con él por propasarse con alguna neófita. Bailón se enfureció y sacó una navaja, y terminó por irse de ese lugar. Ahora se añade el dato de que don Horacio y doña Malvina son ingleses, sin precisar a qué confesión reformada pertenecen ni si son anglicanos.

La última vez que los vemos es en *Tristana*, aunque en esta novela solo se menciona a doña Malvina, y es para decir que es profesora de inglés. Así nos lo cuenta Tristana en una carta: “Pues verás: haciendo un gran esfuerzo, me ha puesto profesor de inglés, digo, profesora, aunque más bien la crearías del género masculino o del neutro; una señora alta, huesuda, andariega, con feísima cara de rosas y leche, y un sombrero que parece una jaula de pájaros. Llámase

doña Malvina, y estuvo en la capilla evangélica, ejerciendo de *sacerdota protestanta*, hasta que le cortaron los víveres, y se dedicó a dar lecciones”⁴. En resumen, de las tres escuetas apariciones de este matrimonio protestante, se podría decir que su papel es muy poco lucido y quienes hablan de la pareja lo hacen de un modo bastante negativo, incluso de burla. Por tanto, no resulta un modelo atractivo, ni se habla de cuáles son en concreto sus creencias, diferentes de las católicas, pues solo se hace una escueta mención a la predicación, sin entrar en su contenido.

Un lugar especial en este apartado merecería el personaje de Rosalía. Esta materia debe ser tratada con singular precaución, ya que se trata de un libro no solo no publicado por Galdós, sino descartado, ya que tal y como se describe su hallazgo y sus condiciones por Alan Smith, su descubridor y editor, se encontró en unas cuartillas que Galdós reutilizó para escribir algunos *Episodios nacionales* de la segunda serie y las páginas de *Rosalía* se hallan tachadas, es decir, cruzadas por una línea oblicua desde la esquina superior izquierda a la inferior derecha⁵. Incluso el título de *Rosalía*, no figura en el manuscrito, al que le falta la primera página, sino que se lo ha dado Alan Smith, procediendo de un modo que es habitual en Galdós, de poner por título el nombre del principal personaje.

Pese a ello y ya que el protagonista masculino es un pastor protestante digamos alguna cosa. El asunto es el amor entre una joven católica, Rosalía Gibralfaro, y un clérigo protestante, Horacio Reynolds. Se conocen debido al naufragio del barco en el que viajaba el inglés y a ser acogido en casa del padre de la muchacha en Castro Urdiales. Así es presentado: “De treinta años, nacido en Cádiz de padres ingleses y consagrado a la Iglesia; joven afable y discreto, conocedor del mundo y de altísima y sólida instrucción”⁶. Más adelante sabremos que también es muy rico.

Aunque ella está prometida por voluntad de su padre a un rico indiano, el amor surge entre los jóvenes. Inicialmente ella cree que solo les separa la religión, y no le parece importante porque se fija más en lo que une a católicos y protestantes que a lo que los separa, y lo mismo piensa él. Y así se lo dice: “En lo fundamental no hay oposición entre mi religión y la de Ud. Una y otra cada

4 Benito Pérez Galdós, *Tristana* (Madrid: Alianza, 1975), 108. La cursiva en “sacerdota protestanta” es del autor.

5 Por ello, encontramos estudios recientes que la siguen ignorando. Así en el libro de 2022 de Mario Vargas Llosa, *La mirada quieta (de Pérez Galdós)*, en las páginas que va tratando una detrás de otra todas las novelas de Galdós, no la incluye.

6 Benito Pérez Galdós, *Rosalía*, editado por Alan Smith (Madrid: Cátedra 1984), 55. Su datación puede establecerse en torno a 1872.

cual empleando ritos distintos para el culto, señalan igualmente al hombre el camino del bien. En las dos pueden ser los hombres buenos y malos”⁷. Y lo mismo llega a pensar Rosalía, lo importante es que la gente sea buena, por ello se pregunta: “¿Para qué han inventado los hombres esas religiones?”⁸ Pues entiende que siendo Dios uno solo, lo mismo tendría que ser con la religión, la misma para todos, ya que Dios no puede ser el autor de estas desigualdades. Por eso, “En medio de este fuego cruzado entre católicos y protestantes (...), el sacerdote inglés ha defendido su aspiración y su plan, porque su talante ecuménico le permite reconocer que en lo fundamental católicos y protestantes o anglicanos no tienen diferencias”⁹.

Más tarde, Horacio le confiesa que es pastor, aunque se hizo sin vocación, por presiones familiares, y ahora le parece que como pastor casado podrá hacer frente a esa vocación. Para librarse de la oposición del padre de ella, llegan a ponerse de acuerdo para huir juntos. Finalmente, no lo hacen, y en esta situación de aceptar su separación, él ha renunciado a verse casado con ella y a hacerlo con cualquier otra mujer, y decide hacerse sacerdote católico adoptando el celibato. Tampoco sabemos mucho de sus razones porque en esta parte faltan bastantes hojas. En definitiva: “Si preguntamos por qué este cambio confesional, en ningún caso podemos dar razones teológicas o basadas en principios doctrinales para explicar la defección del anglicanismo”¹⁰. Solo parece un sacrificio motivado por el mismo amor a Rosalía, que antes le movía a querer casarse con ella y ahora a no hacerlo con nadie.

Como además de varias páginas intermedias, en el manuscrito faltan las últimas, tampoco sabemos si muchas o pocas, no podemos conocer el final que tenía pensado Galdós para esta situación. En realidad, Galdós no plantea una cuestión dogmática o de credos, sino un problema sentimental, y no argumenta sobre ese aspecto de la diferencia de religiones. Sobre el personaje de Horacio, también importa señalar que en todas las páginas conservadas de Rosalía en ningún momento ejerce alguna función correspondiente a su ministerio de pastor protestante, ni se habla de lo que tendría que hacer como tal.

7 Ib., 86. La misma idea se repite otras veces, cf. 210.

8 Ib., 115. Insiste en lo mismo más adelante, cf. 267.

9 Patrocinio Ríos Sánchez, “Galdós y un clérigo protestante en el Sexenio revolucionario. Las claves de «Rosalía», una novela inédita”, *Anales de Historia Contemporánea* 9 (1993): 265. Este autor defendió una tesis doctoral sobre *Lutero y los protestantes en la literatura española desde 1868*, en el Departamento de Filología Románica de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, en 1991, dirigida por Andrés Amorós. En esta cita, hay que tener en cuenta que el término “anglicano” no está en las cuartillas de Galdós.

10 Ib., 267.

Es posible que Galdós quedase descontento de este libro y retomase sus ideas en *Gloria*, donde la situación principal se repite con una pareja de enamorados separados por su confesión religiosa. Se pasa del amor de una joven católica y un protestante al de una católica con un judío, sin que conozcamos las razones de este cambio tan importante¹¹.

Una vez vistos los personajes protestantes en sus novelas, también puede ilustrarnos sobre el protestantismo de Galdós mencionar la presencia de Martín Lutero en sus libros. En este caso, la situación es parecida al matrimonio de Horacio y Malvina, pues vuelven a ser tres las veces que se cita, lo encontramos en *Gloria*, en *El doctor Centeno* y en *Casandra*. En *Gloria*, se habla de Lutero en un monólogo de la protagonista enfrentada a su problema de división religiosa, donde simplemente maldice a Lutero y la Reforma, pero también a Felipe II y la paz de Westfalia. Lo único que se pretende con este texto es criticar los enfrentamientos promovidos por razones religiosas, pues considera que han destruido la obra de Jesús. Y a ella le basta con distinguir entre hombres buenos y malos, lo mismo que pensaban Horacio y Rosalía, en *Rosalía*. Esta reiteración e insistencia puede llevarnos a pensar razonablemente que se está reflejando el pensamiento del autor en este punto

El episodio de *El doctor Centeno* donde aparece Lutero tiene cierta comicidad. Se trata de un juego de Felipe que en el desván de la escuela del cura Pedro Polo (a quien volveremos a ver más adelante), donde hay viejas imágenes religiosas arrumbadas. El niño para divertirse ha tomado la cabeza de cartón del toro que acompañaba a una figura de san Lucas y se la ha puesto. Con ella se ha dedicado a cornear una imagen de la Fe, de modo que es el narrador quien nos comenta: uno de los cuernos se podría llamar Lutero y el otro Calvino (esta es la única mención en sus novelas de este otro reformador).

En cuanto a *Casandra*, esta va caminando por una alameda en solitario y al sospechar que es seguida, por escuchar unas pisadas, se pregunta a sí misma si le sigue un demonio llamado “Caym”, del que se comenta que era con quien Lutero tenía discusiones teológicas. Y esto es todo lo que hay al respecto.

11 En su artículo, Patrocinio Ríos Sánchez ofrece su opinión sobre este tema, ofreciendo alguna razón de conveniencia conforme al “signo de los tiempos”, para que se entendiera mejor el conflicto en la sociedad española de entonces, cf. *ib.*, 273.

III. LOS SACERDOTES EN SUS NOVELAS

En cuanto a los sacerdotes católicos son muchos los que aparecen, hasta el punto que cabría decir que no hay novela en la que no haya alguno. Por tanto, veamos varios de ellos con sus notas principales. En efecto, desde sus primeras obras aparece el interés por la religión y por quienes la representan, ya sean clérigos propiamente, ya sean laicos de profundas convicciones, que hacen girar toda su vida en torno a su fe. Se puede apreciar que la denuncia de sus primeras novelas se va convirtiendo más adelante en una propuesta en su “trilogía espiritual”, compuesta por *Nazarín*, *Halma* y *Misericordia*.

En *La fontana de oro* (1870)¹², su primera novela, hace acto de presencia un sacerdote indigno, quien una noche encuentra a la protagonista Clara perdida y la lleva engañada hasta su portal, e intenta convencerla para que suba a su piso, pero la joven logra huir de él. Además, el motivo por el que la huérfana Clara esté extraviada se halla en que ha sido expulsada por la santurróna hipocresía de las Porreño, donde la mística doña Paulita se despeña desde la fama de santa al desequilibrio mental, como un caso de psicopatología religiosa, una supuesta santidad que acaba en reconocida locura.

En su segunda novela, *El audaz* (1871), el joven y liberal protagonista, Martín Muriel, se ve rodeado por curas y frailes responsables del inmovilismo social y sobresalen dos: el duro inquisidor Pedro Corchón y el pusilánime recadero Lino Paniagua.

Viene a continuación una trilogía de “novelas de tesis”, cuyo objetivo es denunciar la intolerancia religiosa, donde el fanatismo hace imposible el amor. En *Doña Perfecta* (1876), es una laica quien encarna el tipo de catolicismo que más molesta al autor, hipócrita e intransigente, con una apariencia de amabilidad que oculta una arraigada falsedad de comportamiento, como lo va sufriendo Pepe Rey, recibido por doña Perfecta para casarse con su hija, mientras se hace lo imposible para que ello no suceda, hasta llegar al crimen. A su lado, destaca la habilidad del sacerdote don Inocencio para convertir en la consideración social a Pepe en el ateo que no es, con sus velados reproches, envueltos en buenas palabras, al servicio de los intereses de doña Perfecta y la sociedad de Orbajosa que ella domina, como una parábola del integrismo religioso español.

12 En este apartado, seguimos un orden cronológico e indicamos el año de publicación de cada novela de Galdós, con el fin de apreciar una cierta evolución temporal en esta clase de personajes.

En *Gloria* (1877), se enfrenta una doble intransigencia, católica y judía, para impedir el amor de los dos protagonistas, Gloria Lantigua y David Morton, separados por su religión, catolicismo y judaísmo respectivamente, pero sobre todo por el abismo que abren para ellos sus familiares, que quieren ser modelo de una fe incontaminada. Tal y como se presentan las cosas, el choque de dos absolutos solo puede terminar de un modo trágico, porque resulta inútil intentar que dos religiones excluyentes se vean vencidas por la religión del amor. Donde incluso un amable e inocente obispo, tío de Gloria, se ve desbordado y sin recursos ante el drama por su falta de resolución.

En *La familia de León Roch* (1878), volvemos a encontrar la caricatura de la religión en el fanatismo de María Egipcíaca, la esposa de León. Viene a ser la boda de un librepensador con una bella mojígata, cada vez más influida por su padre espiritual, el cura Paoletti, que llega a decirle que no pueda amar a su marido si no se convierte, en un tiránico ejercicio de control de conciencias ajenas. También influye en María la memoria de su hermano jesuita Luis Gonzaga, fallecido en la juventud, y paladín de un ascetismo inhumano.

En este grupo de “novelas de tesis”, lo que importa son las ideas y los personajes se prestan para servirles de simples vehículos y por ello no acaban de resultar reales. Así, se describen los problemas, pero no se presentan alternativas. A partir de aquí, en las siguientes novelas, la religión deja de ser un tema central, para convertirse en un aspecto más de la vida corriente de sus personajes y sus peripecias, con ideas similares algo más matizadas.

En la producción galdosiana, un sacerdote destacado es Pedro Polo en *El doctor Centeno* (1883) y en *Tormento* (1884), ya que se ordenó sin vocación, solo para contar con los medios precisos para mantener a su madre y a su hermana. Puede que sea el peor ejemplo de cura que encontramos en las páginas de Galdós. En *El doctor Centeno*, Polo dirige una escuela a la que lleva a Felipe y se conduce con mucha violencia con sus alumnos, que le tienen pavor. De noche sale a escondidas para encontrarse con una amante. Como una de esas noches se cruza con Felipe, por temor a que el niño revele algo, empieza a tratarle algo mejor.

En *Tormento*, Pedro Polo al saber que la joven Amparo o “Tormento”, con la que mantuvo una relación (la que se dio a entender en *El doctor Centeno*), va a casarse, muestra su condición de lujurioso y canalla, pues se interpone en su camino con amenazas de estropear el futuro de la joven con un hombre rico y enamorado. No obstante, al final, bien aconsejado por otro sacerdote mayor y prudente, accede a comenzar de nuevo en Filipinas con sus licencias ministeriales recuperadas.

Poco antes de *Nazarín*, escribe Galdós una novela con la que tiene bastantes puntos en común, *Ángel Guerra* (1891), en el camino de ofrecer respuestas a la cuestión religiosa, pues precisamente este protagonista sufre una importante evolución espiritual hasta el punto de plantearse ser sacerdote. Le acompañan además dos rasgos que van a ser característicos de *Nazarín*, su imitación de don Quijote y de Jesucristo. En cuanto al quijotismo de *Ángel Guerra*, este es un rasgo reiterado en la novela, porque pretende una fundación tan ideal que parece irrealizable, en ello se incluye su misma intención de ser ordenado. En cambio, cuando al final recupera la “cordura”, llama al confesor y al notario, igual que don Quijote al término de su vida, y reconoce que su proyecto era ilusorio. En cuanto a su imitación de Jesucristo, está la idea de volver a un cristianismo primitivo, más puro, liberado de sus estructuras muertas que han ocultado el principio de la caridad, para lograr una reforma de la sociedad gracias a la práctica de las virtudes cristianas. El desmentido de su utópico plan viene dado por su asesinato a cargo de sus mismos protegidos.

Ángel Guerra es un caso bastante anómalo en la novelística de Galdós, ya que es un hombre progresista y revolucionario que transita hacia postulados conservadores. También esto ocurre sin verdadera vocación, por un motivo extraño: su amor por Leré, una joven decidida a ser religiosa, que entra de novicia en Toledo en las Hermanitas del Socorro para atender enfermos en sus casas. En ella quizá es donde se observa un cristianismo más puro y, por ello, un parecido mayor con *Nazarín*, en su afán de vivir la pobreza y la caridad en serio. Aunque Leré no acaba de convencer: “La razón creo que es sencilla: por más que Galdós fuera un hombre que sentía honda simpatía por las monjas, o que acabó por sentirla cuando menos, no las conocía ni las entendía: Galdós no llegó nunca a comprender del todo la vocación religiosa”¹³.

En la gran novela *Fortunata y Jacinta* (1887), podemos fijarnos en dos sacerdotes de opuesta condición, frente al piadoso, y algo severo, padre Nones, siempre pendiente de confesar y llevar al viático a quien lo precise, encontramos al poco ejemplar Nicolás Rubín, cuñado de *Fortunata*, solo preocupado de medrar (obtendrá hacia el final de la obra un puesto de canónigo en Orihuela), poco aseado, bastante glotón y asiduo a una tertulia política de reaccionarios.

13 Francisco Pérez Gutiérrez, *El problema religioso...*, 214.

Al año siguiente, Galdós nos ofrecerá un personaje inédito en *Miau* (1888), se trata de un niño muy devoto, Felipín Cadalso, nieto del protagonista, con quien el narrador derrocha simpatía y ternura. Este niño habla a menudo con Dios y quiere ser sacerdote, por lo que su juego preferido es decir misa.

Algo más adelante en el tiempo, el escritor canario publica sus mencionadas “novelas espirituales”, unidas ideológicamente porque en estos tres libros: “hubo en él como una tentación mística de heroica entrega al despojamiento, a la pobreza y a la religión, por más que fuera evidente que no era ésta la manera de cambiar las cosas, para mejor, en el mundo que vivía”¹⁴. Así pues, en adelante Galdós nos va a ofrecer una imagen de sacerdote que le agrada y puede tomarse como modelo para otros.

IV. EL SACERDOCIO DE NAZARÍN

En *Nazarín* (1895), después de crear tantos personajes clericales, por primera vez el protagonista principal es un sacerdote y Galdós va a poner en él lo que falta a los clérigos que conoce y lo convierte en lo que podría ser un buen sacerdote. Para Elizalde, esta novela es una respuesta al espiritualismo del fin de siglo que une el panteísmo romántico con el positivismo para desembocar en un nuevo misticismo. “Este, aunque literalmente revela influencia de la literatura rusa, aparece como indumento hispano, como amalgama de la actividad e individualismo ibérico y el idealismo estático y soñador de abolengo árabe”¹⁵. Sin que falte algún parecido con la propuesta luterana.

Nazarín (derivado de su nombre Nazario Zaharín) comienza con la visita que el narrador realiza en compañía de un periodista al cura en su casa, en la calle de las Amazonas de Madrid, con el propósito de entrevistarle, ya que para unos es un loco y para otros un santo. Se lo encuentran en una situación apurada, pues acaban de robarle. Además, no tiene lo necesario para vivir, pues carece de un destino eclesiástico y solo gana algo de dinero con algunas misas que le encargan. Frente a las críticas que puedan hacerle, dice a los periodistas: “Jamás me he desviado de las enseñanzas de la Iglesia. Profeso la Fe de Cristo en toda su pureza”¹⁶. La fe resulta así el motor de su vida y actúa conforme a su conciencia, no con el afán de dar ejemplo: “Hago lo que me inspira mi conciencia,

14 Mario Vargas Llosa, *La mirada quieta (de Pérez Galdós)*, (Barcelona: Alfaguara, 2022), 148.

15 Ignacio Elizalde Armendáriz, “Los curas en la novela de Galdós”, *Actas del I Congreso de Estudios Galdosianos* (Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977): 285.

16 Benito Pérez Galdós, *Nazarín* (Madrid: Alianza, 1984), 21.

y si de ello, de mis acciones resulta algún ejemplo, y alguien quiere tomarlo, mejor”¹⁷.

Esa noche se oculta en su casa Ándara, precisamente la mujer que le ha robado antes, y acude a ese amparo porque ha tenido una pelea con otra mujer, la Tiñosa, a la que ha apuñalado y no sabe si la ha matado. Nazarín accede a que se esconda allí. Más tarde, para no dejar rastro, durante una ausencia del sacerdote, la mujer prende fuego a la vivienda y desaparece.

Ante la falta de casa, de recursos y de ayuda, Nazarín decide adoptar una medida de pobreza radical. Ahora se propone unir teoría y práctica, porque “la prédica más convincente, más éticamente válida, es la que funde palabra y obra, recomendación y ejemplo”¹⁸. Así Nazarín al salir al campo está llevando a cabo lo que ha expuesto en la conversación del inicio con los periodistas. La clave de Nazarín es el desprendimiento de bienes y de instituciones. “La consecuencia de semejante desprendimiento es una libertad absoluta, tanto interior como exterior”¹⁹.

Abandona sus ropas sacerdotales y su calzado, sin nada de dinero, y decide ir al campo a vivir de limosna con una fe inmensa, confiado en la providencia de Dios. Camina por tierras manchegas al modo de un nuevo Quijote cristiano, en busca de penalidades, miseria y rudos trabajos. Cuenta con que su rebeldía es pequeña: “Y para confirmarse en la venialidad y casi inocencia de su rebeldía, pensaba que en el orden dogmático sus ideas no se apartaban ni el grueso de un cabello de la eterna doctrina, ni de las enseñanzas de la Iglesia, que tenía bien estudiadas y sabidas al dedillo. No era, pues, hereje, ni de la más leve heterodoxia podían acusarle, aunque a él las acusaciones le tenían sin cuidados”²⁰. Este es un punto importante de contraste frente a los protestantes. E igualmente, si lo más característico del pastor protestante es predicar, Nazarín nunca lo hace en su peregrinaje.

Al mismo tiempo, con su salida al campo, manifiesta un cierto tipo de rebelión, contra el modo establecido de ser sacerdote y expresa actuar conforme a sus convicciones, pese a todas las críticas de los prudentes y las convenciones sociales que está rompiendo. Vestido de mendigo su primer encuentro, cerca de

17 Ib., 26.

18 Gregorio Torres Nebrera, “Introducción”, en Benito Pérez Galdós, *Nazarín* (Madrid: Castalia, 2001), 24.

19 Pérez Gutiérrez, *El problema religioso...*, 250-251.

20 Pérez Galdós, *Nazarín*, 71.

Carabanchel, es de nuevo con Ándara, que manifiesta su deseo de seguirle y consigue vencer su resistencia, pese a que su plan era ir solo.

En una población, Móstoles, debido a su fama de santidad, le piden que cure a una niña enferma, a quien los médicos dan por perdida. Nazarín defiende que no está en su mano hacer ningún milagro. Pero el caso es que reza junto a la niña y esta comienza una notable mejoría, abandonando los umbrales de la muerte. Aquí, con la convicción de haber presenciado un milagro se le une una segunda mujer, Beatriz, tía de la niña curada. Así, al modo de un nuevo nazareno, se le van uniendo discípulos, gente que va cambiando de vida a su paso, porque aprecian signos de santidad.

El siguiente encuentro es con un violento cacique, Pedro de Belmonte, que le trata con una atención inusitada, en su finca de la Coreja, cerca de Sevilla la Nueva, ya que le confunde con un obispo armenio que viaja de incógnito y solo tiene para él muestras de respeto. Todo esto contribuye a acrecentar su buena fama.

A continuación, llegan a una zona, Villamantilla y Villamanta, donde se ha declarado una epidemia de viruela y, en lugar de bordearla para evitar el peligro, los tres entran para cuidar a los enfermos y enterrar difuntos. Para animar a sus compañeras, les dice, al modo que don Quijote enseñaba a Sancho: “No comprendo vuestra repugnancia, hijas mías -les dijo-, pues ya debisteis calcular que no veníamos acá a darnos vida de regalo y ociosidad, sin peligro. Es todo lo contrario: vamos tras el dolor para aplicarle consuelo, y cuando se anda entre dolores, algo se ha de pegar. No corremos en busca de placeres y regocijos, sino en busca de miserias y lástimas”²¹.

Pese al peligro no se contagian y, de nuevo en camino, reaparece en la vida de la bella Beatriz un molesto pretendiente, el Pinto; y para Ándara se presenta el enano Ujo, que le pide matrimonio. Ambas los rechazan, pues los tres ascetas viven el celibato, aunque en la novela no se dice nada expresamente sobre esta materia. Más tarde, Galdós “En la cuarta serie de los Episodios Nacionales defiende la idea cristiana, aunque rechaza el celibato del clero, como antinatural, y se oponga al control que ejerce el clero en España y, sobre todo, a la unión de la Iglesia y el Estado”²². Cuando, cerca de Mérida o Aldea del Fresno, el Pinto con otros maleantes se dirige a matarlos en las ruinas de un castillo donde pasan

21 *Ib.*, 123.

22 Elizalde Armendáriz, “Los curas en la novela de Galdós”, 287.

la noche, descende una niebla sobre el monte que hace perder el camino a los asesinos. Es otro fenómeno con visos de auxilio sobrenatural.

Durante todo este tiempo, Nazarín no realiza tareas ministeriales, ni predica, ni imparte sacramentos, ni siquiera se hace mención alguna de la misa, no se distingue por ello de cualquier bautizado. De este modo, para mantenerse los tres realizan algunas tareas del campo.

Finalmente, son detenidos por el crimen de Ándara y llevados a la prisión de un pueblo, reclamados por un juzgado de Madrid. El alcalde se muestra como ilustrado ante Nazarín y algunos puntos nos recuerdan la “Leyenda del gran Inquisidor”, contada en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, sobre todo, en la inconveniencia e inutilidad de su propósito. “El verdadero espíritu del cristianismo se funda en el amor; que pueden existir «santos modernos»; y que el nuevo Cristo sería hoy incomprendido y menospreciado por la generalidad como anacrónico e inútil, aunque el lado grotesco de la extemporaneidad pueda esconder una denuncia”²³.

Ante los reproches que le dirige el alcalde, Nazarín argumenta: “soy inocente de los delitos que me imputan. Así lo diré al señor juez, y si no me cree, Dios sabe mi inocencia, y eso me basta. Tercero: yo no soy apóstol, ni predico a nadie; tan sólo enseño la doctrina cristiana, la más elemental y sencilla, a quien quiere aprenderla. La enseño con la palabra y con el ejemplo. Todo lo que digo, lo hago, y no veo en ello mérito alguno. Si por esto me han confundido con los criminales, no me importa. Mi conciencia no me acusa de ningún delito”²⁴.

Veamos parte de lo que contesta el alcalde, quien defiende el progreso material. Primero, descalifica a Jesús: “Yo no creo que se pueda llevar a la práctica todo lo que dijo y predicó el gran reformador de la sociedad, ¡ese genio...! yo no le rebajo, no, ¡ese extraordinario ser...!” Y, a continuación, da sus motivos: “Y para sostener que no se puede, razono así: «El fin del hombre es vivir. No se vive sin comer. No se come sin trabajar». Y en este siglo ilustrado, ¿a qué tiene que mirar el hombre? A la industria, a la agricultura, a la administración, al comercio. [...] Pues nada de eso tendrá usted con el misticismo, que es lo que usted practica; no tendrá más que hambre, miseria pública y particular... ¡Lo mismo que los conventos de frailes y monjas!”²⁵.

23 Yolanda Arencibia, “Benito Pérez Galdós (1843-1920). Sacerdotes de novela”. En *Vasijas de barro. La figura del sacerdote en la literatura contemporánea*. Editado por Guadalupe Arbona y Paloma Falconi (Madrid: Encuentro, 2014), 332.

24 Pérez Galdós, *Nazarín*, 161.

25 *Ib.*, 163.

De esta manera, al verse juzgado e incomprendido, el modelo predominante va pasando de don Quijote a Jesucristo. Los parecidos iniciales con Jesucristo por su nombre derivado de nazareno y su aspecto semítico (aunque más moro que judío), la itinerancia en relación con la vida pública del Señor, se acentúan ahora, sobre todo, por su pasión, prendimiento, golpes e insultos, como un vía crucis.

Los tres peregrinos son encerrados en una celda con delincuentes y, esa noche, Nazarín recibe insultos y golpes de uno de los presos; otro, en cambio, lo defiende (esta escena hace pensar en Jesús crucificado entre los dos ladrones, uno bueno y otro malo). El que sale en su ayuda es llamado el *Sacrilego*, porque robaba vasos y plata en las iglesias, y ahora se arrepiente de sus fechorías. Nazarín, con su mansedumbre, “propone como única solución la no resistencia al mal llevada hasta el límite de su realización evangélica”²⁶.

Estando detenido, Nazarín tiene tifus y sufre pesadillas, padece una extraña visión con ataques contra él por huestes *antinazaristas* y, combatiendo en su defensa, ve a sus amigos transfigurados en paladines celestiales, por ejemplo: “La angélica Beatriz miraba desde una torre celestial el campo de muerte y castigo, y con divino acento imploraba el perdón de los malos”²⁷. Al llegar a la capital, Nazarín sigue con alucinaciones: ve una gran cruz al final de la calle y la rechaza por no considerarse digno de ella. Por su estado enfermizo, es llevado a un hospital, donde “Un ardiente anhelo de decir misa y de ponerse en comunicación con la Suprema Verdad le llenó todo el alma, y lo mismo fue sentirlo que verse revestido delante del altar, un altar purísimo, que no parecía tocado de manos de hombres”²⁸. Y concluye el libro con unas palabras en las que Jesús, tras explicarle que es su mente enferma quien le hace ver cosas, reconoce: “Algo has hecho por mí. No estés descontento. Yo sé que has de hacer mucho más”²⁹.

La historia de Nazarín continúa en la novela siguiente, *Halma* (1895). En una primera parte, se habla de su caso y se comenta su situación, con la habitual diversidad de pareceres sobre su estado mental y comportamiento, si se debe a locura o a santidad. Se sabe que el juicio penal termina con su absolución y entonces pasa a la jurisdicción eclesiástica para que adopte las medidas que estime convenientes con su persona. En una segunda parte, gracias a la intervención de la condesa Halma, Nazarín se incorpora a su proyecto asistencial en su

26 Pérez Gutiérrez, *El problema religioso...*, 251.

27 Pérez Galdós, *Nazarín*, 200.

28 *Ib.*, 202.

29 *Ib.*

casa de Pedralba. Aquí volvemos a encontrar al cura como actor de la novela, con algún cambio, pues ha optado por primar la obediencia sobre la pobreza, por ello ha recuperado su ropa clerical y trabaja en lo que se le ordena. Desempeña su papel principal cuando es requerido por Halma para salir del dilema en que se encuentra a propósito del camino a seguir con su proyecto de caridad. Con extraordinaria sabiduría, Nazarín le propone que siga adelante sin someterse a gobiernos ajenos, ni eclesiásticos ni científicos ni administrativos, y que simplemente forme una familia casándose con su primo José Antonio de Urrea. Gracias a este sabio consejo, Halma se encuentra a sí misma, y puede continuar su cristiano plan asistencial. Se trata de que, en su caso, el amor a Dios y la búsqueda de la santidad pasa por el amor humano y la actividad en el mundo. Además, consigue la rehabilitación de Nazarín y que pueda officiar como sacerdote.

Sobre este libro resulta inevitable mencionar al otro sacerdote protagonista, don Manuel Flórez, buena persona, simpático y rentista, pero que, habiendo conocido a Nazarín, al llegarle la hora de morir reconoce que no ha sido más que un cura de ricos, un santo de salón. Lo cual ofrece un iluminador contraste con Nazarín, que le ha parecido ejemplar.

Con *Misericordia* (1897) se cierra el llamado “ciclo espiritualista”. En este caso, como en *Halma*, la protagonista es una laica, Benina, que vive la caridad cristiana con todos de un modo heroico, solo preocupada de hacer el bien a todos. El sacerdote que se menciona es don Romualdo, inicialmente es una invención de Benina para justificar el dinero que lleva a doña Paca, pues dice que trabaja de criada para él en su casa. Después, don Romualdo aparece en realidad para comunicar la noticia de una herencia a doña Paca. Se dice de él que es muy caritativo, ya que lleva un hospicio, y tampoco le falta una nota de mundanidad al ser aficionado a la caza. Al final, cuando Benina es echada de la casa, le da de comer junto a Almudena en su centro asistencial.

Después de este trío de novelas, poco más iba a escribir Galdos. Por este motivo solo vamos a mencionar una más, *El abuelo* (1897), donde se puede apreciar que estamos ya muy lejos del duro tratamiento a los sacerdotes de las primeras novelas, pues los dos que aquí tenemos son mostrados con afecto y delicadeza, sin que les falten defectos. Por un lado, el habitual cura de pueblo, don Carmelo, sacerdote corriente, algo comilón y pesado orador, pero de muy buena naturaleza. Por otro, el prior del monasterio jerónimo de Zaratán, culto, con ganas de ayudar y recibirá de la madre de las niñas el encargo de revelar quién es la verdadera nieta de Albrit, si Dolly o Nell.

V. CONCLUSIÓN

Entre tantos sacerdotes de las novelas de Galdós, podemos recoger los datos más relevantes de Nazarín como sacerdote para ver si en él se refleja algo del sacerdocio protestante. Por un lado, tenemos las declaraciones de Nazarín sobre sí mismo: su fe, defensa de su ortodoxia, y su conciencia, su invitación a los demás a convertirse, su decisión de vivir pobre y practicar la caridad. Por otro, sus hechos, que confirman sus palabras, pues vive en una completa pobreza y dedicado por entero a vivir la caridad. También aquí se podría hacer mención a la fama de santo que le acompaña, y se ve confirmada por la curación de la niña y la protección de la niebla ante el peligro, las dos mujeres que cambian de vida y le siguen, el amansamiento de Belmonte y el ladrón que se convierte.

Pero esa apariencia de bondad, al entrar en contraste con los intereses del mundo, se ve descalificada y fuera de lugar. “Es un prototipo de «santidad» que se rechaza, porque esa santidad que no usa de las exigencias materiales y positivas, ineludibles para aquella sociedad, ni tiene lugar en su seno, y es sistemáticamente ignorada o marginada”³⁰. Puede deberse al contraste entre lo exterior y lo interior: “Por la biografía interna entramos, por consiguiente, al conocimiento del verdadero Nazarín, ignorado e incomprendido de la sociedad que lo rodea. [...] La perspectiva interna lo coloca en un mundo de afirmación y densidad espiritual”³¹. Para Vargas Llosa, Nazarín fracasa en su empeño y el final, como también el de Ángel Guerra, lo considera pesimista, ya que “simplemente no es posible, para los creyentes, seguir el ejemplo de Cristo en Galilea porque el mundo y los seres humanos, tal como son, destruyen aquellas buenas intenciones y el ejemplo no cunde”³². Y para algunos ese mismo fracaso vital del protagonista alcanza a la novela. Por ejemplo, para Ruiz Ramón es una novela fallida por su afán simbolizador mediante don Quijote y Jesucristo. “Galdós se propone fundamentalmente mostrar que la sociedad contemporánea rechaza cualquier forma de santidad”³³.

Todo esto ha llevado a considerar que Nazarín recuerda a esos dos modelos, uno querido por él, Jesucristo, y otro literario, que posiblemente quiso el autor, don Quijote. Como un quijote evangélico, con un indiscutible parecido con el

30 Torres Nebrera, “Introducción”, 41.

31 Gustavo Correa, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós* (Madrid: Gredos, 1962), 176.

32 Vargas Llosa, *La mirada quieta...*, 148.

33 Francisco Ruiz Ramón, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral* (Madrid: Revista de Occidente, 1964), 177.

pobrecito de Asís. En cambio, no puede reconocerse en sus fuentes o motivos de inspiración relación alguna con los reformadores.

En relación con don Quijote, ambos considerados locos, ambos frente a una misión imposible. Don Quijote se propone restaurar la orden de caballería, revivir sus hazañas en un tiempo descreído; Nazarín quiere ser santo, cuando la santidad ha sido sustituida por la ciencia y el progreso en unos, y en otros por un legalismo de letra muerta. Por eso, su historia consta de aventuras en el camino, al modo de don Quijote y va teniendo encuentros donde se pone a prueba la solidez de sus ideas. Esas aventuras en ambos se suelen convertir en desventuras. La mayoría de don Quijote acaban mal, porque la realidad no se corresponde con sus propósitos. En Nazarín, las aventuras comienzan con buena ventura, por ejemplo, al encontrar seguidores, con la curación de la niña, con la atención de los enfermos y, sobre todo, con los temibles Belmonte y el Pinto, hasta el momento de su prisión, cuando se acentúa más el parecido con Jesús. Como don Quijote, Nazarín es incomprendido tanto por los clérigos o religiosos, que lo expulsan de su sociedad, al no compartir su modo de entender el seguimiento de Cristo, como por los liberales o modernos, cuyo ejemplo es el ilustrado alcalde de Móstoles, que lo considera un inútil y atrasado. Así se da a entender que ya no hay lugar para un cristiano verdadero en el mundo.

En definitiva, la idea maestra de Galdós es hacer santos prácticos. “Al «santo» lo conocemos en acción siempre, empeñado en producir un impacto en el mundo que le rodea. Todo en él es una sucesión de *haceres*”³⁴. En Nazarín, por tanto, no se aprecia una significativa vida de oración, ni que acuda a la intercesión de la Virgen María ni de los santos, ni que cuente con los sacramentos. Viene a ser el rechazo del misticismo en favor de lo práctico y tangible, y esta eficiencia y pragmatismo puede parecer algo más próximo a la teología protestante. En realidad, con todo lo visto en sus novelas, nos parece que Galdós no sabía de diferencias teológicas entre las confesiones cristianas y conocía poco el protestantismo, del que no se muestra favorable en las pocas ocasiones en que aparece, ya sea en algún personaje o en mención de algún reformador como Lutero o Calvino. Su propuesta se encamina simplemente a presentar un cristianismo caracterizado por hacer el bien.

Por este motivo, nos gustaría terminar con una referencia a una obra posterior, ya de 1918, la pieza de teatro *Santa Juana de Castilla*, donde se descubre de nuevo la voluntad reformadora de Galdós, esta vez en favor de Erasmo de

34 Ib., 180-181.

Rotterdam (con esta única cita en todas sus obras), quien descontento con algunos aspectos de la Iglesia católica de su tiempo, nunca dio el paso hacia la Reforma y el protestantismo. “La infeliz reina se halla en su lecho de muerte y el jesuita la conforta apoyándola en sus ideas defensoras del erasmismo. [...] Nada más cercano al pensamiento religioso del Galdós anciano que redacta estas páginas con voluntad de testamento”³⁵. Ocurre en el acto III, escena IV, lo que expone san Francisco de Borja como ideal a la reina Juana la Loca es un sistema religioso liberado de lo ritual y externo y solo interesado en la pureza del corazón y la bondad o rectitud de las acciones. Es exactamente lo que dijeron en su momento Rosalía y Gloria, y Nazarín lo ha intentado vivir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arencibia, Yolanda. “Benito Pérez Galdós (1843-1920). Sacerdotes de novela”. En *Vasijas de barro. La figura del sacerdote en la literatura contemporánea*, editado por Guadalupe Arbona y Paloma Falconi, 300-335. Madrid: Encuentro, 2014.
- Bravo Villasante, Carmen. “28 cartas de Galdós a Pereda”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 250-251-252 (octubre 1970 a enero 1971): 9-51.
- Correa, Gustavo. *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*. Madrid: Gredos, 1962.
- Elizalde Armendáriz, Ignacio. “Los curas en la novela de Galdós”. En *Actas del I Congreso de Estudios Galdosianos*, 269-290. Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977.
- Paz, Octavio. “El cine filosófico de Buñuel”. En *Obras completas III*, 225-229. Barcelona: Círculo de Lectores-Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Pérez Galdós, Benito. *Nazarín*. Madrid: Alianza, 1984.
- Pérez Galdós, Benito. *Rosalía*. Editado por Alan Smith. Madrid: Cátedra, 1984.
- Pérez Galdós, Benito. *Tristana*. Madrid: Alianza, 19xx.
- Pérez Gutiérrez, Francisco. *El problema religioso en la generación de 1868*. Madrid: Taurus, 1975.
- Ríos Sánchez, Patrocinio. “Galdós y un clérigo protestante en el Sexenio revolucionario. Las claves de «Rosalía», una novela inédita”, *Anales de Historia Contemporánea* 9 (1993): 251-274
- Ruiz Ramón, Francisco. *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*. Madrid: Revista de Occidente, 1964.

35 Arencibia, “Benito Pérez Galdós (1843-1920). Sacerdotes de novela”, 303.

Torres Nebrera, Gregorio. “Introducción”. En *Nazarín*. Benito Pérez Galdós, 7-52. Madrid: Castalia, 2001.

Vargas Llosa, Mario. *La mirada quieta (de Pérez Galdós)*. Barcelona: Alfaguara, 2022.

Román Sol Rodríguez
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
Campus universitario s/n
31009 Pamplona, Navarra (España)
<https://orcid.org/0000-0003-0123-1743>